

Aurora Flores Olea, María Cristina Montoya Rivero  
y Rosalía Velázquez Estrada

“Ficción y realidad histórica: la presencia de la ciudad  
de México en la novela y en la crónica de la época porfirista”  
p. 905-913

*La ciudad y el campo en la historia de México.  
Memoria de la VII Reunión de Historiadores  
Mexicanos y Norteamericanos. Papers presented  
at the VII Conference of Mexican and the United  
States Historians*

Gisela von Wobeser y Ricardo Sánchez (editores)

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas

1999

956 p.

ISBN 968-36-2348-4 (tomo II)

ISBN 968-36-1865-0 (Obra completa)

Formato: PDF

Publicado en línea: 30 de noviembre de 2023

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/276-02/ciudad-campo.html>



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

D. R. © 2023, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



**Aurora Flores Olea,  
María Cristina Montoya Rivero y  
Rosalia Velázquez Estrada\***

**Ficción y realidad histórica: la presencia de la  
ciudad de México en la novela y en la crónica  
de la época porfirista**

La ciudad de México, ayer y hoy, ha sido objeto de un sinnúmero de consideraciones, reflexiones, comentarios, observaciones y análisis. Nunca le han faltado sus cronistas, historiadores, ensayistas y novelistas, pero sin lugar a dudas y como es natural este espacio ha sido visto desde diferentes perspectivas. Ha habido momentos en que los cambios que han significado un parteaguas entre un México que se considera de antes y otro de después, han reclamado la pluma de hombres que se han esforzado en describir la mayoría de las veces y, en algunas ocasiones, de explicar y analizar las diferencias entre esos dos Méxicos. Uno de esos momentos fue sin lugar a dudas la entrada de México a la modernidad. Desde la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX, la ciudad de México contempló múltiples cambios tanto físicos como sociales que en su desarrollo temporal se profundizaron dentro del marco histórico caracterizado por el porfirismo, resultando que ya para ese momento, el régimen de Porfirio Díaz y modernidad se convirtieron en sinónimos. En efecto, con Díaz la capital de México se convirtió en una ciudad moderna que contaba con grandes avenidas y paseos, con edificios públicos notables, grandes y suntuosos teatros, novedosos tranvías eléctricos, comercios con escaparates y calles alumbradas con las revolucionarias innovaciones de Edison y claro está, a este México nuevo se vincularon los ferrocarriles que unieron a la capital con el resto del país, acortándose los tiempos y facilitándose al mismo tiempo el desplazamiento de hombres y la transportación de mercancías. El ferrocarril, gran símbolo de esta época, presente en crónicas y novelas es sin duda alguna una de las expresiones más claras de la entrada de México a la modernidad y a la senda del capitalismo.

Junto a estas transformaciones que se observaron en la ciudad de México a simple vista, hubo muchas otras que quizá pasaron desapercibidas a los ojos de los cronistas y que tan sólo al paso de los años demostraron su importancia y la necesidad de una historia urbana, exenta del romanticismo que caracterizó a los historiadores porfiristas, hombres enamorados de los edificios, calles y paseos metropolitanos; de sus cafés, restaurantes, hoteles y baños, así como de sus costumbres populares, cantares, juegos, leyendas y tradiciones. Unido a la admiración que mostraban por los adelantos alcanzados durante la paz porfirista, aparecía al mismo tiempo en ellos, la mirada evocadora hacia el pasado, en algunos detenida en el periodo colonial, en otros en el México de la Reforma, resultando por ende, lógicas las comparaciones entre el México viejo y el México nuevo. Así pues, consideramos importante también el análisis de algunos novelistas de la época, que nos pueden revelar algunas facetas de la realidad, de la vida misma que se desarrollaba en la capital.

En el presente trabajo, por lo tanto, se revisaron las obras de cuatro cronistas: Luis González Obregón, Antonio García Cubas, Manuel Rivera Cambas y José María Marroqui;<sup>1</sup> los novelistas consultados fueron Rafael Delgado, Angel de Campo, José

\*Universidad Nacional Autónoma de México.

<sup>1</sup>Antonio García Cubas, *El libro de mis recuerdos*. México, Editorial Patria, 1950, 828 p. México siglo XIX, Luis González Obregón, *México Viejo*, México, Promexa Editores, 1977, 743 p. José María Marroqui, *La Ciudad de México*, 3v., México, Jesús

Tomás de Cuéllar, Emilio Rabasa y Federico Gamboa.<sup>2</sup> Todos ellos publicaron sus obras entre 1883 y 1904. Destaca en las obras consultadas, la conciencia de los cronistas de que contemplan una ciudad en transformación: tanto Luis González Obregón en su *México viejo*, como Antonio García Cubas en *El libro de mis recuerdos* manifestaron su añoranza por el pasado, por un México ido, contemplando con nostalgia el México de ayer, por lo que prefieren describir a la capital tradicional que se ve transformada y desplazada día con día: Manuel Rivera Cambas en *México pintoresco, artístico y monumental*, con el objeto de mostrar el adelanto alcanzado, contrasta los aspectos antiguos y modernos de la ciudad. Además, este autor tiene como modelos a Europa y Estados Unidos, en más de una ocasión, cuando las cosas provienen del extranjero o están influidas por el exterior reciben su beneplácito. La obra más completa, quizá, es la del doctor José María Marroqui, que se remonta a la fundación de Tenochtitlan y a la reconstrucción de la ciudad después de la Conquista, por lo que *La Ciudad de México* se convierte en una obra general de la Colonia, cuyo mérito fundamental es la información.

Los cuatro cronistas son entusiastas admiradores de la ciudad de México en su aspecto material. Por ejemplo, Marroqui afirma que la capital posee una gran belleza debido a que tiene calles anchas, rectas y despejadas, así como plazas amplias, que se remontan a su mismo origen, ya que al reconstruirse la ciudad sobre Tenochtitlan, su planta se hizo en forma de tablero, formando manzanas regulares y en el centro la plaza principal. Añade que en la actualidad, la ciudad capital es más hermosa todavía por sus grandes casas con enormes patios abiertos al cielo, por donde reciben aire, luz y sol, lo que las hace alegres y sanas; que los patios están adornados con plantas en macetas, estatuas y jarrones, con amplios lugares para carruajes y caballos. A este respecto, nos permitimos observar que obviamente esta descripción se refiere a las mejores casas de la ciudad. Y para que al lector no le quede duda de sus afirmaciones, el autor recurre a la autoridad de un extranjero, pues cita a Tomás Nelson, ministro de Estados Unidos, que en 1891 escribió en el periódico *El Tiempo* que “La ciudad de México es por diversos conceptos, la más magnífica ciudad de este continente, al mismo tiempo que sus alrededores son de una grandiosidad indescriptible”.<sup>3</sup> No es casual que Emilio Rabasa en *El cuarto poder* también afirme en boca de uno de sus personajes, pero no exento de ironía, que México es la primera ciudad de América Latina y que los extranjeros que la visitan se quedan admirados de ella,<sup>4</sup> por lo que podemos concluir que existía una opinión generalizada sobre la belleza de la capital.

Resulta interesante señalar, que la mayoría de los cronistas estudiados advierten que fue en el periodo de la Reforma cuando se observaron las primeras transformaciones que tendrían por consecuencia el México moderno a que aluden. Así pues, nuestros autores fueron conscientes del hecho de que una vez que se hubieron expedido las leyes que afectaron las propiedades eclesiásticas, la traza y fisonomía de la ciudad cambió; al derribarse conventos e iglesias en algunos casos, o al destinarse estas construcciones religiosas a otros usos como escuelas, cuarteles o bibliotecas. Asimismo, algunos de los terrenos que quedaron baldíos se pusieron a la venta y ahí se edificaron casas habitación o se instalaron comercios, lo que repercutió en el

Medina Editor, 1969 (Segunda edición facsimilar). Manuel Rivera Cambas, *México pintoresco, artístico y monumental*. 3v., México, Editorial del Valle de México, 1974.

<sup>2</sup>Ángel de Campo, *La rumba*, México, Editorial Porrúa, 1984, 344 p. (Colección de Escritores Mexicanos, 76) José Tomás de Cuéllar, *Ensalada de pollos y baile y cochino*. México, Editorial Porrúa, 1984. (Colección de Escritores Mexicanos, 39). José Tomás de Cuéllar, *La Historia de Chucho el Niño y Noche Buena*, México, Editorial Porrúa, 1984 (Colección de Escritores Mexicanos, 45). Rafael Delgado, *Los parientes ricos*, México, Editorial Porrúa, 1974, (Colección Escritores Mexicanos, 6). Federico Gamboa, *Santa*, México, Grijalbo, 1979 (Colección Narrativa). Emilio Rabasa, *El cuarto poder y moneda falsa*. México, Editorial Porrúa, 1982.

<sup>3</sup>Marroqui, *op. cit.*, I, p. 24-97.

<sup>4</sup>Rabasa, *op. cit.*, p. 13.

aspecto de la ciudad. Junto a los cambios físicos que observaron los cronistas, también hicieron hincapié en una serie de fenómenos que trajo consigo la modernidad, como fue el gran crecimiento que en varios sentidos se empezó a vislumbrar. Se apunta, por ejemplo, que hubo un aumento de la población; tanto Rivera Cambas como Marroqui están de acuerdo en que la capital crecía a un ritmo acelerado. Además el primero advierte ya el problema del espacio, “con el aumento de la población fue preciso disminuir la extensión de las habitaciones, aumentar los pisos y reducir el tamaño de los patios, suprimir las cuadras espaciosas, los jardines y los sembrados”<sup>5</sup>, Marroqui, por su parte, llega a la exageración cuando señala que si no hubiera padecido la ciudad “vicisitudes y quebrantos”, la población llegaría a millones. Y decimos exageración, porque para 1889 la ciudad contaba con 350 000 habitantes aproximadamente; como punto de comparación nos interesa señalar que en 1793, cien años antes, vivían en la ciudad 125 000 personas. Asimismo, señala Marroqui que para 1886 la ciudad tenía 547 manzanas, división que ya calculaba satisfacer las necesidades de crecimiento, según afirma.<sup>6</sup> En resumen, el incremento demográfico debió obedecer en parte a una inmigración paulatina a la capital que se aceleró con la “paz porfiriana”. A este respecto cabe preguntarse las causas de esta inmigración, que podrían ser la atracción que ejercía la capital como “centro civilizador”, según Marroqui,<sup>7</sup> y las supuestas o reales posibilidades de mejores oportunidades de empleo que ofrecía en comparación con las ciudades de provincia, aspecto al que se refieren algunos de los novelistas consultados.

Ahora bien, el incremento demográfico, como es natural, provocó problemas y nuevas necesidades, como por ejemplo, en el caso del mercado principal que apenas reformado en 1870 después de un incendio, según Rivera Cambas, aunque satisfacía en su construcción “a los principios científicos”, ya no era suficiente la extensión que tenía para una ciudad que crecía con rapidez.<sup>8</sup> El mismo autor se queja de los hospitales como otro de los problemas ciudadanos, afirmando que estaban más o menos en las mismas condiciones que los construidos durante la Colonia, y que “mucho hay que estudiar en esta materia, principalmente en los hospitales de Inglaterra, Estados Unidos y Francia”,<sup>9</sup> ya que “la vida moderna debe regirse por los principios científicos”.<sup>10</sup> O sea, que se plantea la necesidad de una adecuación a un nuevo ritmo de vida y condiciones de la ciudad.

Sobre todo Marroqui y Rivera Cambas tocan aquellos aspectos que ya hacían de México una ciudad moderna, como son, desde luego, los ferrocarriles, cuyas redes, nos dice Rivera Cambas, “haciendo desaparecer las distancias, llenan de vigor y de vida todos los ramos de la industria”;<sup>11</sup> más adelante afirma que “ha aparecido una nueva capital que rivaliza ya con la antigua, estando en la nueva casi todas las estaciones de ferrocarril, gran número de fábricas y en ella se siente un movimiento e impulso extraordinario hacia la mejoría y el adelanto”.<sup>12</sup> También se refiere a la instalación del gasómetro que da luz a una parte de la capital<sup>13</sup> y del telégrafo que destruye las distancias.

Por su lado, Marroqui se complace en señalar la existencia de 182 kilómetros de vías para los tranvías de tracción animal, que ocupaban más de la mitad de las calles, en manos de una “Compañía Limitada de Ferrocarriles del Distrito” que, según el *Financiero Mexicano*, periódico extranjero que se publicaba en México, no había en

<sup>5</sup>Rivera Cambas, *op. cit.*, I, p. XX-1.

<sup>6</sup>Marroqui, *op. cit.*, I, p. 98-143.

<sup>7</sup>*Ibidem*, I, p. 5.

<sup>8</sup>Rivera Cambas, *op. cit.*, I, p. 344.

<sup>9</sup>*Ibidem*, I, p. 416.

<sup>10</sup>*Ibidem*.

<sup>11</sup>*Ibidem*, I, p. 344.

<sup>12</sup>*Ibidem*, I, p. 198.

<sup>13</sup>*Ibidem*, I, p. 154.

ninguna otra ciudad una compañía tan poderosa como ésta, que, añade, en el año de 1890 transportó a 14 457 203 personas.<sup>14</sup> En esta ciudad en auge aumentaba el precio de las propiedades y con asombro Marroqui señala que una casa que en 1848 valía \$26 000 00, en 1861 se había vendido en \$60 000 00 y que el aumento de sus precios seguía elevándose.<sup>15</sup>

Esta ciudad moderna desde luego está presente como escenario en el que desarrollan las tramas de los novelistas; en las que los personajes hacen uso de los ferrocarriles, o bien mencionan el alumbrado, las casas comerciales y los elegantes cafés. Por ejemplo, Rafael Delegado para hacer más patente la modernidad, alude a aquella cantina llamada “El Siglo Eléctrico”; su admiración por las bombillas eléctricas lo lleva a definir las con gran cursilería como las “lágrimas de Edison”.

La modernidad y los progresos materiales en marcha en esta sociedad urbana, implicaban una nueva concepción del mundo y de la vida, que se reflejó en nuevos centros de enseñanza que surgieron en aquellos años. Al respecto, Rivera Cambas es explícito cuando afirma que “En el siglo XIX han recibido grande impulso las escuelas y los colegios; al lado de la enseñanza antigua apareció la científica”; y enseguida añade: “No ha quedado ninguna traba para seguir las carreras literarias”. Y se muestra optimista cuando expresa que “La instrucción primaria se derrama en el pueblo y se procura que el saber pertenezca a todos; fúndanse planteles para socorrer a los menesterosos”; admira los contactos con el exterior cuando señala que “la frecuencia del trato con los extranjeros nos ha dado a conocer nuevos objetos para satisfacer las necesidades de la civilización”.<sup>16</sup> Se advierte que estas ideas se vieron influidas por el positivismo, tan en boga en aquella época, y que estaba acorde con las nuevas necesidades de una enseñanza más práctica. Así surgen instituciones educativas diferentes a las tradicionales y cuyos nombres explican por sí mismos el nuevo enfoque que se pretendía conferir a la educación. Se fundó la Sociedad de Geografía y Estadística para conocer nuestro país;<sup>17</sup> la Escuela de Artes y Oficios para el adelanto de la sociedad porque proporciona trabajo y estudio a clases numerosas;<sup>18</sup> la Escuela Nacional de Bellas Artes, con numerosos alumnos; la Escuela Nacional Preparatoria a la que se quiso dar, nos dice Rivera Cambas, un carácter “esencialmente progresista”; la Escuela Secundaria de Niñas para formar la inteligencia y el corazón de la mujer y, con ello, el de toda la sociedad.<sup>19</sup> Asimismo se fundaron la Escuela de Comercio y el Instituto Médico Nacional.

La sociedad urbana de estos años también realizó obras que le proporcionaron esparcimiento, como fue el caso del Gran Teatro Nacional en el que el señor Arbeu “Invirtió todo su caudal y el de algunos accionistas, para llevar a cabo el pensamiento de formar un teatro digno de la capital de la República Mexicana”.<sup>20</sup> También se construyeron los teatros Ángela Peralta e Iturbide. Además, se multiplicaron los hoteles con restaurantes, cafés elegantes y sala de billares, que procuraban a los habitantes de la ciudad pasatiempos diferentes a los acostumbrados.<sup>21</sup> Muchos de estos esparcimientos tenían como modelo a los de países extranjeros, como los baños públicos; o bien el hipódromo, del que señala Rivera Cambas “Esta diversión no es nueva entre nosotros, aunque sí lo es el modo de arreglar el local, sometiéndose en todo a las prescripciones a que se le sujeta en Europa, prácticamente en lo relativo a las apuestas”.<sup>22</sup> Aunque está claro en las obras de estos cronistas que sólo ciertos grupos sociales eran los que tenían

<sup>14</sup>Marroqui, *op. cit.*, III, 646.

<sup>15</sup>*Ibidem*, I, p. 567.

<sup>16</sup>Rivera Cambas, *op. cit.*, I, p. XXIII.

<sup>17</sup>*Ibidem*, I, p. 197.

<sup>18</sup>*Ibidem*, I, p. 1/2.

<sup>19</sup>*Ibidem*, II, p. 115.

<sup>20</sup>*Ibidem*, I, p. 471.

<sup>21</sup>Marroqui, *op. cit.*, III, p. 646.

<sup>22</sup>Rivera Cambas, *op. cit.*, II, p. 87.

acceso a estos nuevos tipos de diversión, ya que el pueblo continuó con sus pasatiempos tradicionales. De tal manera que se hace patente el aumento del número de distracciones durante este periodo.

En esta ciudad que crecía y se transformaba en forma rápida, también los problemas se multiplicaban, lo que despertó la crítica de Rivera Cambas y lo llevó a señalar que existían anomalías en la situación política del gobierno del Distrito en sus relaciones con el ayuntamiento, ya que faltaba un estatuto orgánico que definiera las funciones de ambos.<sup>23</sup> Marroqui hace fuertes críticas al mencionado ayuntamiento, cuando afirma que en los últimos cincuenta años se había perdido la noción de municipio, ya que los regidores del cabildo, se sentían dueños absolutos de la ciudad y disponían de ella a su antojo.<sup>24</sup> Por su parte García Cubas, sumándose a la opinión de los cronistas anteriores, señala en su obra los defectos de la administración y funcionamiento de la capital y los adjudica a la corrupción y poca iniciativa de los regidores del ayuntamiento. Nuevamente se advierte aquí la necesidad de que las instituciones gubernativas emprendieran un proceso de adecuación con la ciudad moderna.

Todos estos cambios que se estaban efectuando en la ciudad, despertaron la nostalgia por un pasado que algunos espíritus no dejaban de añorar y que no querían que se olvidara. Este es el caso de Luis González Obregón que pretendió revivirlo y por esto se interesó en las construcciones coloniales, que aunque transformadas, todavía se podían observar, y que plasmaron su recuerdo en historias, leyendas y tradiciones; este cronista escribe para que las generaciones futuras conserven en su memoria lo que fue México. Con un dejo de ironía, nota cómo el aguador ha tenido que salir del centro de la ciudad para alojarse en los barrios donde el “precioso líquido no sube por sí solo, sino cuando al cielo place inundar las calles y callejas”;<sup>25</sup> y cómo la chiera, mujer que vende el agua de chía, ha sido sustituida por señoritas con tacón y corsé que ofrecen bebidas refrigerantes en finos vasos de cristal, que desplazan a los frescos jarritos de barro. Asimismo, señala cómo el sereno se transforma en gendarme. Con una concepción muy cercana a la idea de que todo tiempo pasado fue mejor, González Obregón observa que las costumbres y tradiciones sustentadas por el mestizaje, desaparecen poco a poco ante el embate del modernismo cosmopolita que se traduce en comidas italianas, modas francesas y viajes a la inglesa.

Podríamos afirmar que García Cubas es un tanto escéptico ante la modernidad, pues reconoce que si bien México ha experimentado grandes adelantos, éstos han sido más bien de orden material, ya que la sociedad mexicana no ha avanzado al mismo ritmo desde el punto de vista moral y en forma sentenciosa señala los principales vicios y defectos de la sociedad, lo que lo lleva a expresar: “que la capital y la nación han adelantado, no cabe duda, pero te diré que no es oro todo lo que reluce por lo que respecta al orden social”.<sup>26</sup> Aunque parco en sus opiniones, Marroqui no deja de criticar al ayuntamiento de la ciudad, porque desde 1880 había surgido un “furor destructivo de las fuentes”, añadiendo que parecía que les estorbaban las plazas, quitando a la ciudad algunos de sus aspectos más bellos,<sup>27</sup> y que el año de 1887 había sido de triste memoria para los jardines públicos porque se habían quitado muchos árboles, lo que había disgustado al público.<sup>28</sup> De esta manera, el autor expresa su pesar por la pérdida de elementos que caracterizaron al México del pasado. Y por su parte, Rivera Cambas muestra su interés por el pasado y al dedicar muchas de las páginas de su obra a describir el ambiente colonial.

<sup>23</sup>*Ibidem*, I, p. 106.

<sup>24</sup>Marroqui, *op. cit.*, I, p. 264.

<sup>25</sup>González Obregón, *op. cit.*, p. 289.

<sup>26</sup>García Cubas, *op. cit.*, p. 354.

<sup>27</sup>Marroqui, *op. cit.*, I, p. 633.

<sup>28</sup>*Ibidem*, II, p. 124.

Es un hecho que los cronistas e historiadores analizados, tenían como objetivo principal el dejar testimonio de lo que había sido y era su ciudad, así ésta fue su objeto de conocimiento. Alejada de esta perspectiva, pero teniendo también a la ciudad de México como marco de referencia, como ya hemos señalado, aparecen en el periodo comprendido en este análisis, una serie de novelas urbanas que sin pretender hacer una historia de la ciudad de hecho se convierten, en parte, en crónicas de la misma, ya que describen entre otros muchos aspectos, las costumbres, las actitudes sociales y los espacios ciudadanos; siendo asimismo observadores que plasmaron al igual que los cronistas los cambios que sufrió la capital. De acuerdo con esta idea, enseguida nos proponemos ofrecer la visión que de esa ciudad de México de las últimas décadas del siglo XIX tuvieron sus habitantes, así como la influencia que ejerció en ellos, todo a través de los personajes ficticios de las novelas seleccionadas, y que no por ser ficticios, dejan de simbolizar y encarnar una realidad dada.

Emilio Rabasa, por ejemplo, en *El cuarto poder*, apuntó ya el fenómeno de la inmigración a la metrópoli, ya que varios de sus personajes, por razones diversas, se trasladaron de la provincia a la capital. Igualmente, se hace evidente la atracción que ejercía México, como centro que ofrecía mil posibilidades, imaginarias o reales, al recién llegado, lo que hizo expresar a uno de los protagonistas de la novela, joven sin recursos económicos, que esperaba encontrar en México “mejores condiciones para el trabajo” que en cualquier otra capital provinciana.

A diferencia de las obras de los cronistas, donde el aspecto físico de la capital resulta lo primordial, en el género novelístico es el carácter social el que cobra mayor importancia. No obstante, ya que la ciudad es el marco donde se desarrollan los hechos, no se deja de hacer alusión a ella, pero ya con un sentido de crítica social en las descripciones de calles y barrios. Por ejemplo, en las obras de Rabasa se contrasta el medio en el que vivían pobres y ricos. Cuando se refiere a los grupos de escasos recursos, describe sus calles y casas como sucias, malolientes y poco alumbradas, con lodo alrededor de las fuentes donde la gente se surtía a jicarazos de la escasa agua que llegaba. La ironía de Rabasa determina que precisamente al capítulo en que describe este panorama y en el que menciona otros problemas urbanos, lo titule “La Ciudad de los Palacios”. *La rumba*, de Ángel de Campo, es una novela enfocada a describir la vida en barrios descuidados, habitados por un incipiente proletariado, así como pequeños comerciantes y artesanos; se trataba de la otra cara de la ciudad porfirista, aquella apenas tocada por la modernidad, como sería, por ejemplo, el uso que hacía esta gente del tranvía para trasladarse de sus barrios al centro de la ciudad donde se encontraban sus fuentes de trabajo. La contrapartida es la ciudad de los ricos que describen Rafael Delgado y Emilio Rabasa, con calles aristocráticas en donde se paseaban, nos dice este último novelista, personas que iban en carruaje y a caballo, vestidas a la moda; calles donde no había fondas ni puestos callejeros, sino cafés con elegantes apartados. Ahí, los patios de las casas no tenían lavaderos ni eran inmundos, sino que estaban adornados con ramajes que salían de hermosos tibores y cuyos interiores estaban decorados con grandes espejos y finas colgaduras. Eran casas habitadas por las personas que acudían a los paseos y a los teatros; las mujeres usaban faldas de seda, portaban brillantes y eran atendidas por lacayos, en contraste con las sucias mujeres de los barrios, con faldas remendadas, olorosas a pulque y a manteca. Rabasa hace explícita la crítica social cuando, con amargura, uno de sus protagonistas, al referirse a la mujer que ama, se queja: “hoy la veo en la sociedad encopetada cuando yo vivo entre la clase sin valor ni significación”.<sup>29</sup>

También en el aspecto social, Rafael Delgado, en *Los parientes ricos*, destacó la relación que se daba entre la servidumbre doméstica y sus patrones. Por su lado, José Tomás de Cuéllar, “Facundo”, hace desfilar a los nuevos ricos que intentaban copiar las

<sup>29</sup>Rabasa, *op. cit.*, p. 131.

formas de vida y las costumbres de la aristocracia que, con sus desplantes, hacían gala de malos modales y aparentaban lo que no eran.

En resumen, hay que enfatizar cómo estos novelistas ya destacaban las profundas diferencias de la sociedad en la que les tocó vivir, diferencia que recrean a través de sus personajes.

Tanto cronistas como novelistas se refieren a las costumbres de los capitalinos, como por ejemplo, García Cubas que describe minuciosamente a los vendedores que daban vida a las calles y que poco a poco habían ido desapareciendo; igualmente, Rabasa se refiere a los vendedores ambulantes en la plaza mayor, que provocaban gran movimiento y ruido, junto con la gente que acudía a la catedral. Hay referencia a las corridas de toros, a las posadas, a las fiestas de corpus y a las peleas de gallos. Rivera Cambas enfatiza que las viejas costumbres se habían perpetuado en los barrios más pobres, en los que no había penetrado la cultura y la civilización.

Hemos encontrado también en el género literario, el contraste que establecen los autores entre la provincia y la capital de la República; comparación en la que siempre se exalta a la provincia, en donde la sociedad es fresca y sencilla, nos dice Rafael Delgado, quien considera a la capital como marchita y rebuscada, Federico Gamboa, en *Santa*, destaca la diferencia de vida de la protagonista en su lugar de origen, Chimalistac, y en la capital, en donde el vicio y la concupiscencia encontraron un ambiente propicio para su difusión. En Rabasa, hallamos la tesis de que aunque las pasiones humanas surgen y se desarrollan en cualquier sitio, no cabe duda de que estas pasiones se profundizan y estallan en el ambiente capitalino, encontrándose la solución en el regreso al ambiente provinciano.

Es interesante señalar que junto a la riqueza informativa que nos ofrecen cronistas y literatos para reconstruir la historia de la ciudad de México, también nos posibilitan el acercarnos al conocimiento de las estructuras ideológicas predominantes de este periodo, ya que el peso subjetivo que aparece en las obras consultadas es determinante, lo que nos permite definir las posturas que asumieron nuestros autores.

Como hombre producto de su época, las ideas positivistas se manifiestan en la perspectiva de Rivera Cambas al que no le cabe duda, como ya hemos podido detectar, que México ha progresado, lo que se traduce en mayor bienestar para sus habitantes y en un mejor aspecto de la ciudad; considera que la paz política ha tenido un importante papel en esos cambios. La carga de subjetividad que aparece en la obra de García Cubas nos permite conocer también la ideología de un sector de la sociedad porfirista y su claro apoyo al régimen de Díaz, cuando se refiere a “los trastornos, pronunciamientos que incesantemente alteraban la tranquilidad pública y daban pábulo al descrédito de nuestra patria en el exterior”.<sup>30</sup> Este autor describe a la sociedad capitalina de mediados de siglo, bajo un enfoque profundamente moralista y sentencioso; es por ello que se interesa en rescatar las viejas costumbres.

Marroqui se manifiesta como un liberal, amigo del *laissez-faire* cuando expresa que “difícilmente pueden refrenar las leyes, el interés individual, [...] entre los productores de cualesquiera géneros y los consumidores de ellos, puede y debe haber varias manos intermedias encargadas de su distribución, y cuanto mayor sea el número de personas que se dediquen a este tráfico, la competencia bajará los precios, y habrá menos peligro de monopolio, incitante seguro del alza de ellos”.<sup>31</sup> En el aspecto político, Marroqui fue un defensor de la Constitución de 1857, escribió un *Catecismo democrático constitucional* al mencionar a don Mariano Arista expresó “que debe vivir en la memoria de aquellos que crean que las verdaderas libertades públicas no se aseguran sino con el cumplimiento estricto de las leyes”.<sup>32</sup> No hace juicios explícitos respecto al régimen del presidente Díaz.

Junto a los moralistas, a los liberales y a los positivistas aparecen los críticos de la

<sup>30</sup>García Cubas, *op. cit.*, p. 612.

<sup>31</sup>Marroqui, *op. cit.*, I, p. 290.

<sup>32</sup>*Ibidem*, I, p. 457.



sociedad decimonónica mexicana, quienes no sólo enjuician y denuncian los desequilibrios en el aparato social, sino que también se abocan a relatar los problemas cotidianos que enfrentaban una metrópoli como la ciudad de México. Entre los novelistas consultados destaca Emilio Rabasa por su interés en señalar uno de los problemas más antiguos de la capital: el del desagüe de la ciudad y por ende, el de las inundaciones de las calles después de los fuertes aguaceros que, según expresa, desataba el mal olor de las atarjeas y llamaba la atención sobre los cargadores que transportaban a los transeúntes cuando era necesario, sin dejar de señalar irónicamente que el problema del desagüe no lo habían solucionado “ni conservadores ni liberales”. Este problema lo trató con detalle Marroqui en su crónica desde sus orígenes, explicando lo que al respecto se había hecho a lo largo de la época colonial, para terminar afirmando lacónicamente que dicho desagüe “Hoy se está haciendo”. Por lo que podemos ver que a la observación irónica de Rabasa le sobra razón. Este autor, Rabasa, no deja de hacer crítica en otros aspectos; por ejemplo, se refiere a los vicios del sistema electoral, a la calidad de los representantes públicos, algunos de los cuales apenas si sabían firmar; a gobernadores de los estados que atentaban contra la Constitución, a la restricción de las libertades públicas; al referirse a la policía afirma que es “tan escasa como inútil”. Pero coherente con su estilo irónico que nos arranca más de una sonrisa, Rabasa relata que una obra sobre reformas sociales, soberbia por el fondo y la forma, no le produjo al autor de la misma ni una peseta, por lo que dicha persona resolvió adoptar otro género literario que fue una novena de San Francisco de Paula “escrita en el tono más suplicatorio y llorón que se pueda imaginar”, pero de la que ya llevaba vendidos dieciocho mil ejemplares.

Todos los novelistas consultados expresan su preocupación por la pérdida de la moral de la sociedad capitalina, como es el caso de Cuéllar que se ocupa de la clase media en *La linterna mágica*, donde la vida y las costumbres son enjuiciadas a través de la sátira, por ello expresa: “pero he tenido especial cuidado de la corrección en los perfiles del vicio y la virtud”.<sup>33</sup>

Rafael Delgado se muestra como un severo crítico de corte moral en lo que respecta a las costumbres de la oligarquía porfirista y en *Los parientes ricos* observa el México moderno que ha traído consigo un deterioro de los valores tradicionales de la sociedad. En contraste, opina que hay ciudades provincianas que han alcanzado un gran desarrollo y progreso sin perder sus valores tradicionales, como por ejemplo, Orizaba; pero, en cambio, otras, afirma, pueden ser comparadas a Sodoma y Gomorra, y tal sería el caso de la ciudad de México, dirigiendo sobre todo su crítica a los ricos, como ya se señaló.

Ángel de Campo muestra simpatía por los desheredados en *La rumba* y encuentra explicación a sus vicios que se deben a la miseria en la que viven y a la carencia casi absoluta de educación de esos sectores. Asimismo, nos revela el sistema de justicia y el papel de la policía de aquel medio.

El gran desarrollo que observó el periodismo mexicano en la centuria del XIX, está presente en crónicas y novelas; en algunas de manera accesoria como en el caso de *La rumba* y en otras como parte capital de la historia de la ciudad de México como en *El México viejo* de Luis González, quien se convierte en uno de los primeros historiadores de este medio de comunicación.

En las novelas consultadas de Rabasa sobresale el tema de la corrupción en el medio periodístico urbano. Un joven de escasos recursos en busca de empleo, recibe la oferta de un periódico de oposición, en el que con entusiasmo y honradez, critica a personajes de la política y al gobierno mismo, con lo que entra en polémica abierta con los diarios que apoyan al Estado: desafortunadamente, el protagonista, provinciano e ingenuo, finalmente descubre que tal periodismo de oposición está pagado por el mismo gobierno, por lo que la crítica no podía rebasar ciertos límites. Además los “periodistas de oposición” conocían este juego y se prestaban al mismo como un *modus vivendi* corrupto

<sup>33</sup>Cuéllar, *op. cit.*, p. xvi.

y deshonesto. El sarcasmo de Rabasa no tiene límites, cuando nos presenta a uno de estos periodistas que con diferentes nombres, escribe al mismo tiempo en un periódico de oposición y en otro gobiernista entablando una polémica consigo mismo, lo que le proporcionaba, evidentemente, un doble sueldo.

En Marroqui encontramos también el desarrollo de este periodismo polémico por aquellos años, sobre algún asunto de interés público, que en este caso se refería al proyecto de colocar monumentos en el Paseo de la Reforma: el periódico *El Partido Liberal* propuso que cada uno de los estados de la República colocara dos estatuas de personajes prominentes para conmemorarlos y para impulsar las bellas artes. La iniciativa fue apoyada por *El Monitor Republicano*; la polémica surgió cuando *El Tiempo* criticó a algunos de los personajes seleccionados por considerar que no lo merecían, siendo apoyado por el ya mencionado *El Partido Liberal* y participando en la discusión *El Siglo XIX*.<sup>34</sup> Por aquellos años, según relata Marroqui, el periodismo ya jugaba un papel importante como expresión de la opinión pública, llegando a constituir un elemento de presión en la toma de decisiones.

#### *A manera de conclusión*

A lo largo de esta exposición, hemos visto cuáles fueron las principales preocupaciones, inquietudes e intereses que despertó la ciudad de México tanto en cronistas, como en historiadores y literatos. Los nueve autores revisados no representan tal vez, cuantitativamente, un peso significativo en la historiografía urbana mexicana, pero sí cualitativamente, ya que son los más representativos de este periodo, sus temáticas, como se puede observar, son muy diversas, pero no obstante, podemos encontrar lineamientos generales como sería la admiración que sienten por su urbe, el reconocimiento del impacto que la modernidad acuñó en la metrópoli, la crítica manifiesta por los vicios y corruptelas que la abruman y las alternativas que a su juicio pueden mejorar a la ciudad, alternativas que se sustentan y fincan sus esperanzas en la educación, panacea de la mayoría de estos autores o de reformas sociales en el caso de otros.

Novelistas y cronistas se avalan, y complementan así, la visión de ese México en transición que les permite hablar de un México de antaño y un México de hogaño.

La realidad descrita por el cronista basada en largos documentos y extensa bibliografía se enriquece con la aparente ficción del novelista, ya que como dijera Lukacs, éste, el novelista, “Ministra artísticamente la génesis de su época”

El valor de la novela como fuente histórica es significativo, pues representa una visión complementaria de gran utilidad para el especialista de la historia urbana. Así pues, la fantasía del literato al elucubrar una serie de tramas e historias se finca en una realidad que es omnipresente y vital en el desarrollo de las mismas, y al mismo tiempo que la realidad nutre a la ficción, la ficción es concretizada en símbolos y se convierte en un elemento auxiliar en la explicación de esa misma realidad, en este caso la ciudad de México.

Como mencionamos en nuestra introducción, la ciudad de México siempre ha tenido a sus estudiosos, los que nos han revelado su percepción de esta urbe y de sus problemas; lo anterior nos lleva a reflexionar acerca de la utilidad de estas obras y de la necesidad de profundizar sobre el tema que sin lugar a dudas deben tener un carácter pragmático y vigente.

Hay momentos definitivamente coyunturales, que marcan parteaguas, en los que la historia debe retomar estos valores, hacer patente su utilidad y ligar los tiempos pasado y presente y delinear futuros. La historia, así considerada como una fuente que proporciona ejemplos y da lecciones, debe ser estimada en las tomas de decisiones que desde el ayer se han propuesto y que en el presente se hacen necesarias.

<sup>34</sup>Marroqui, *op. cit.*, III, p. 647-651.

